

ARTÍCULO

» El dilema de la modernidad: un viaje sin retorno o una apuesta antidesarrollista



“La ciudad, con la industrialización, se convirtió en el eje donde termina la vida y empieza la muerte”

La Revolución Industrial es el segundo paso agigantado que dio la humanidad en lo que va de su paso por el planeta. Después de la invención de la agricultura y la ganadería, la industrialización ha sido el fenómeno que ha cambiado por completo la forma de vivir de las personas y sus consecuencias son insuperables por cualquier otro acontecimiento o proceso histórico. Para bien o para mal, la mecanización de la producción transformó no solo la vida, sino el entendimiento que sobre ella se tiene.

Aquel ingenioso invento que fue el telar y que se diera a conocer en la Enciclopedia Francesa cambió para siempre la vida en sociedad y su cultura. Se trata de un fenómeno irremediable cuya rueda de progreso gira hacia delante, sin muestras de volver atrás. A pesar de eso, las voces que critican esta revolución humana no dejan de agitarse conforme sus consecuencias más nefastas se ciernen sobre la vida misma de quienes le dieron vida.

Según un reportaje de la BBC (2024), la temperatura global se ha elevado en más de un grado centígrado desde 1940 y se ha sostenido así durante un año completo, lo que significa que es una tendencia al alza para los años venideros. Este aumento sostenido desde el inicio de la Revolución Industrial es indicativo de los efectos nocivos que la industrialización ha tenido sobre la vida en todo su amplio concepto, donde los compromisos de los países más contaminantes se pierden tras los intereses de sus capitalistas locales con influencias globales.

La industrialización y el urbanismo

La ciudad, con la industrialización, se convirtió en el eje donde termina la vida y empieza la muerte. Parecerá paradójico esto último, pero tiene un sentido filosófico importante. El retorno a la urbe da comienzo hacia el siglo XII y con ella va naciendo una pequeña, pero acaudalada, clase social, la llamada burguesía. Para el siglo XV, esa clase encuentra su razón de ser en el humanismo renacentista y el reformismo protestante, pináculo

de un ideario que le acompañaría en el desarrollo de la industrialización y el individualismo casi sectario, tal y como luego lo formularían con mejor precisión Max Weber (2004) y Eric Fromm (2008).

Las aldeas feudales se perdieron con la naturaleza comunitaria que les daba vida. Todavía hacia mediados del siglo XX se podía encontrar en las barriadas todo un tejido social con sentido de comunidad. Según Amorós (2012), ese tejido dio paso a un “vacío social, agostamiento intelectual y esterilidad creativa. La urbe moderna es aburrida, decadente, masificada, despersonalizada, ruidosa, insalubre y vulgar” (p. 156).

De esta manera, el proyecto burgués de “racionalizar” (proyecto heredado del Renacimiento) todo lo que se encuentra a su paso engulló también a la ciudad y sus habitantes. Sin embargo, el humanismo que ponía a la persona como centro de todo, en la urbe pondrá a la mercancía, convirtiendo al esclavo del trabajo en un esclavo del consumo, engendrando al individuo renacentista como eje de sí mismo, alterando su realidad social e imponiendo al individualista antipático e indiferente en su lugar.

El sentido de comunidad que caracterizaba a las renacientes ciudades medievales, herederas del aldeanismo feudal, fueron el último atisbo de vida, entretanto la muerte causada por la mutilación de lo colectivo y el sentido de pertenencia se abrió paso en el individualismo que ve enemigos en sus congéneres y solo encuentra la salvación en el capitalismo que le aborrega, embrutece y despersonaliza.

La ilusión del crecimiento infinito

El capital, como el estado y la religión, se sostiene de premisas míticas. El crecimiento económico es una de ellas, pero como cualquier otro mito, es irreal. Este crecimiento infinito que pretende el capitalismo y que sus adláteres rebuznan sin cesar desde las curules y casas presidenciales toca techo con la fragilidad de los ecosistemas y de una atmósfera que

clama por la desaceleración industrial. El consumo es el unicornio que sostiene el mito de la “necesidad de crecimiento”, de los “tantos puntos porcentuales de crecimiento anual”.

El efímero individuo que vive esclavo de su salario y de las cosas que gasta con él es el feligrés que, despojado de su consciencia de sí, vive alienado evitando a toda costa asumir la responsabilidad social que le precede. En su lugar, y de forma más cómoda, prefiere asumir, en palabras de Étienne de La Boétie (2016), una servidumbre voluntaria en lugar de tomar el control de sus propias vidas y, por tanto, romper con las cadenas que la ilusión burguesa le ha impuesto desde hace más de quinientos años.

Es decir, la idea del desarrollismo tan propugnada por las burguesías desde su corolario industrializador con el slogan del “orden y progreso”, fue tan solo la mampara de una idea que amenazaba toda la vida sobre La Tierra y que sus primeros signos de putrefacción estaban en el siglo XIX, no solo en la deshumanización misma de las personas, vistas como simples objetos de trabajo y consumo, sino de la vida de los ecosistemas y de los territorios (entendidos como unidades vivas que ocupan espacios geográficos e histórico-temporales).

Así, por ejemplo, la tecnificación de la agricultura trajo consigo la destrucción del agricultor y de la vida que de él emanaba: la apropiación de las semillas y del conocimiento ancestral sobre ellas para convertirlas en bienes mercantiles, trajo la deslocalización del campesino para posicionarlo en las márgenes de la ciudad como operario de maquila. Y de esta forma se explica como una docena de industrias alimenticias controlan el mercado agrícola mundial a través de monopolios, mientras que los conocimientos ancestrales se pierden en los laboratorios de manipulación genética.

Estas ideas de desarrollo sin fin que se esgrimen hasta hoy no solo son contra natura, sino que son un disparo en el pie a todo lo humano: individuo

“Se trata de la reagrupación y la resignificación de los territorios como espacios geográficos e históricos”

sobre sociedad, consumo sobre equilibrio, trabajo sobre libertad, muerte sobre vida. Una lógica así es insostenible por más tiempo. No solo el planeta lo está resintiendo con estas oleadas de calor sin fin, sino que el abismo al que este sistema mundo dirige a la humanidad, con sus focos de violencia y autodestrucción, es un clamor para replantear lo que hasta ahora se ha venido imponiendo como verdad.

Antidesarrollismo como propuesta ecológica y humana

El antidesarrollismo es la idea que circula desde los años sesenta con las críticas ecológicas de Murray Bookchin y los planteamientos de nuevas formas de organización social basados no en el Estado, sino en el retorno a la comunidad. Se trata de la reagrupación y la resignificación de los territorios como espacios geográficos e históricos, como unidades locales identitarias de reapropiación para anular la violencia producida por el capitalismo.

El antidesarrollismo se plantea desde lo colectivo y personalizado, desde las reglas sociales y no las económicas. Busca vincular la ciudad con el campo, pretende resucitar a la urbe como un espacio vital donde se conjugan las relaciones humanas con el equilibrio de los ecosistemas preindustriales. Mas no se trata de un mero primitivismo, pero sí de regresar a lo básico y natural, no de abandonar los avances tecnológicos, pero sí arrebatarles su sin sentido consumista, es una apuesta por el humano-social, por la comunidad y la libertad por encima del individualismo y la servidumbre del salario.

“El capital, como el estado y la religión, se sostiene de premisas míticas.”

Referencias

- Amorón, Miguel (2012) Perspectivas antidesarrollistas. Germinal. <https://poraquipasocompadre.files.wordpress.com/2016/04/perspectivas-antidesarrollistas.pdf>
- Fromm, Erich (2008) El miedo a la libertad. Paidós. <https://ciudadanoaustral.org/biblioteca/04.-Erich-Fromm-El-miedo-a-la-libertad.pdf>
- La Boétie, Étienne (2016) Discurso de la servidumbre voluntaria. Virus Editorial y Distribuidora. <https://traficantes.net/sites/default/files/pdfs/discurso-de-la-servidumbre-voluntaria.pdf>
- Poynting, Mark (2024, 8 de febrero) Qué significa para el mundo que por primera vez haya aumentado la temperatura 1,5 grados durante un año entero. BBC. <https://www.bbc.com/mundo/articles/cge7ql9xyk9o>
- Weber, Max (2004) La ética protestante y el «espíritu» del capitalismo. Alianza Editorial. <https://jricomcursos.wordpress.com/wp-content/uploads/2017/01/weber-max.-la-etica-protestante-y-el-espíritu-del-capitalismo-2001.pdf>



Lic. José Arturo Solano Solano

Máster en Administración Educativa, Licenciado en la Enseñanza de los Estudios Sociales y Licenciado en Derecho con énfasis en Derecho Penal. Labora como docente para la Universidad de Cartago y como Asistente de Dirección para el Ministerio de Educación Pública en el CINDEA Montes de Oca